

pudo ser, aunque no lo aseguramos, fray Alonso de San Juan. El otro «que le acompañó en todos los demás caminos que hizo, y trabajos que pasó, nos parece indudable que fué fray Antonio de Cibdad-Real.

El MS. que nos sirve para la impresion es un tomo en folio, de 265 hojas, de la propiedad de nuestro querido amigo el Sr. D. Mariano de Zaballuru, quien nos le ha franqueado generosamente no bien le manifestamos nuestros deseos de publicarle. Si no es el original es por lo menos una copia contemporánea, y perteneció en el siglo XVII á la librería de San Diego de Alcalá, segun una nota que se lee en la primera hoja; las últimas están desgraciadamente tan estropeadas, que nos veremos en la precision de dejar de imprimir algunas, si bien procuraremos que sean las menos posible.

RELACION

DE LAS COSAS QUE SUCEDIERON

AL PADRE

FRAY ALONSO PONCE

EN LAS PROVINCIAS DE LA NUEVA ESPAÑA.

De como fué electo el padre fray Alonso Ponce en Comisario general de Nueva España, y en cumplimiento de esta comision fué á Sevilla y de allí á San Lúcar.

En el año de nuestra redempcion de mil y quinientos y ochenta y cuatro años, siendo el padre fray Alonso Ponce, confesor y predicador de la provincia de Castilla, guardian del convento de Nuestra Señora del Castañar, casa recolecta de aquella provincia, fué llamado á Madrid por nuestro padre fray Francisco Gonzaga, ministro general de nuestra orden, que estaba de partida para Italia, y llegado á su presencia le mandó venir por Comisario general de la Nueva España, dándole para ello patente muy cumplida, honrosa y muy favorable, cual su persona, letras y valor lo merecian, porque habia si-

do definidor de aquella provincia y guardian en otros muchos conventos, y cual el mismo oficio la pedia. Despachóse esta patente á primero de Mayo de aquel año con otra al mismo tono del padre fray Gerónimo de Guzman, que á la sazón era Comisario general de todas las Indias y residia en aquella Corte, y á los cuatro del mismo mes fueron coladas y pasadas la una y la otra por el Real Consejo de las Indias, y en conformidad de ellas dió el Rey nuestro señor sus Reales cédulas para que todas las justicias de la Nueva España le diesen favor y ayuda para hacer su oficio. Recebidos estos despachos y la bendicion de sus prelados, salió de aquella villa, y habiendo ido á Cifuentes, Guadalajara, Toledo y otros pueblos á encomendar su viage en las oraciones de los religiosos y religiosas que en ellos moraban, dió vuelta al Castañar, y dada cuenta de su casa y convento, partió de él para Talavera de la Reina; de allí pasó á Oropesa, donde hizo lo mismo que en los otros lugares. De Oropesa sacó un corista, con el cual, finalmente, llegó á Sevilla á primero de Junio. Cobrada allí de la Contratacion la limosna que el Rey mandaba dar para su viage, y de los frailes y mozos que habia de traer consigo, y dejando el cargo de comprar el matalotage y ropa á un fraile de la provincia del Santo Evangelio llamado fray Alonso de San Juan, que á la sazón estaba en Sevilla y vino en su compañía en aquella flota, partió de aquella ciudad á los cuatro de Junio para San Lúcar de Barrameda, donde llegó á los seis, y concertó la cámara de popa de un buen navio llamado *Santa Catalina*, en que él y sus compañeros pasasen á estas partes.

A los doce de Junio de ochenta y cuatro, comenzó la flota á salir del puerto de San Lúcar, y por haberse

hecho á la vela y salido fuera de la barra el dicho dia la sobredicha nao *Santa Catalina*, fué forzoso al padre Comisario y á sus compañeros, que eran cuatro y dos mozos para el servicio de todos, salir en un pequeño barco una legua fuera de la barra, donde la nao estaba surta, en el cual, despues de haber padecido mucha tormenta de la mar y del viento, llegaron á la nao con tanto impetu y furia de las olas, que los mandadores y el piloto tuvieron por muy peligrosa la llegada, porque de los golpes que daba el barco en la nao recibia mucho daño, y de las munchas y grandes olas le entraba tanta agua que parecia milagro no hundirse allí á pique de la misma nao. Duró esto hasta que dentro de la nao dieron voces á los barqueros que se pasasen á la popa de la nao, porque allí estaba el batel, al cual podrian amarrarse y pasar poco á poco la gente que en el barco traian con la ropa, porque en él se iban todos á fondo, porque con esta diligencia con más seguridad y facilidad pudiesen pasar desde el batel á la nao por la parte que estaba abrigada del viento; lo cual se hizo ayudándolos Dios y los hombres mas diestros de la nao, los cuales unos entraron dentro del barco y otros se colgaron de sogas del navio, para poder subirlos á él como lo hicieron.

Entrado pues dentro el padre Comisario con sus compañeros fueron muy bien recibidos de los señores de la nao, los cuales decian que segun los habian visto no pensaron que escaparan con las vidas, sino que allí perecieran sin poder ser socorridos. Aquel dia, quando anocheció, abonanzó el tiempo y duró esta bonanza hasta el jueves siguiente catorce del dicho, que estando surtos en el propio lugar, á las tres de la tarde se desamarró la nao con la fuerza del viento de la mar y es-

tuvo en término de perderse con toda la gente y hacienda que llevaban, porque si no se acudiera con mucha diligencia al socorro, alargando mas el cable ó maroma con que estaba amarrada, en breve tiempo diera á la costa donde con la mucha mar y olas que habia se perdiera: no duró mucho este reparo, porque como el viento y con él las olas de la mar se iban embravesciendo y su fuerza era tanta, facilmente hizo pedazos la amarra en que se sustentaba la nao, no obstante que era nueva y tan gruesa como la pierna de un hombre. Perdida esta amarra y áncora dieron fondo á otra mejor, viendo que la necesidad iba aumentándose y la tormenta creciendo, y desde esta hora hasta las ocho de la noche se rompió aquella segunda y se perdió, y otras dos que fueron echando sucesivamente, una tras otra. Perdido pues este reparo concibió el señor de la nao un temor cierto de que se habia de perder, no obstante que era animoso y criado en semejantes peligros, porque él vió tan cruel y bravo el viento que echaba su nao á la costa, y las olas de la mar tan levantadas y la noche cerrarse tanto con oscuridad, que por entónces se contentara con que él y los de dentro de su nao escaparan con las vidas, aunque todo lo demás se perdiera. Los religiosos y pasajeros se ocupaban en prepararse para dar á Dios cuenta de las suyas (teniendo por cierto, viendo lo que pasaba, ser imposible amanecer vivos) y en hacer oraciones y derramar lágrimas á Dios pidiéndole misericordia de sus culpas. Era gran lástima y dolor ver tantas mugeres y niños pequeñitos estar esperando que se los tragase la mar en medio de las tinieblas de la noche, la cual se gastó y pasó en esta forma.

El señor de la nao no teniéndose por seguro si diese

fondo, atreviése á la buena ventura y mandó echar las velas para andarse barloventeando como lo hizo hasta que se puso la luna, dando vueltas entre la punta de Salmédina y las Arenas Gordas, que es espacio de una legua poco mas. La luna se puso en punto de media noche, y como por su ausencia comenzase á hacer guerra la oscuridad, con la cual se pudiera la nao perder muy facilmente, el piloto, temiendo dar en un bajo ó peñasco donde se perdiera y todos se ahogaran, hizo dar fondo con un anclote que le quedaba y esperar allí la misericordia de Dios; la cual se descubrió en este paso muy clara y manifiesta por los méritos de la Virgen Santísima, su madre, y de las gloriosas vírgenes y mártires Santa Catalina y Santa Inés, á las cuales, por ser abogadas del padre Comisario comenzaron él y sus frailes á invocar desde el principio de aquel trabajo, prometiendo de celebrarlas una solemne fiesta á cada una, como en efecto se hizo despues que llegaron á Nueva España. Demás desto se hicieron otros votos y promesas secretas por los mismos religiosos, y confiando todos en los merecimientos de tan Soberana Señora como es la Virgen madre de Nuestro Salvador, y de estas dos gloriosas Santas, y en las oraciones de muchos siervos y siervas de Dios, cuyo favor y ayuda se tuvo por cierto que no les faltó en aquella hora, nunca el padre Comisario perdió el ánimo ni del todo creyó que habian de perecer, y así lo prometió á todos los de la nao de parte de Dios, si se doliesen de veras de sus pecados con propósito de los confesar y satisfacer por ellos, y de no volver á ellos ni á otros. Aunque les quitaba toda esperanza humana ver que la nao capitana, que andaba por el mismo camino, habia dado en un bajo y se habia perdido, y demás desto

á los mismos señores y mandadores de la nao vió á esta hora muy desconfiados de poder escapar de aquel peligro, aunque no por eso dejaban de hacer sus diligencias como buenos marineros y gente diestra. Verdad es que si el Señor miraculosamente no los favoreciera, desde esta hora que se dió fondo, fuera imposible poder escapar, pues desta manera esperaron la luz del dia para que ayudados de ella entrasen en el puerto y barra de San Lúcar de Barrameda, de donde habian salido; y para esto, de aquella nao y de las demas que andaban como ella, se tiraron muchos tiros de artillería pidiendo socorro á la tierra, para que los pilotos de la barra los viniesen á meter dentro luego en amaneciendo; y así fué que en comenzando á esclarecer vino de tierra un barco con gente para socorro de las naos; y llegándose á la nao *Santa Catalina* preguntó un buen piloto de barra que cuántos codos de agua pedia, y respondió que once y medio, replicó que no podia entrar hasta la tarde porque ya no habia tanta agua sobre los bancos de la barra, y que si luego por la mañana porfiasen á quererla meter no entraria, sino que se quedaria allí perdida. A lo cual dijo el señor de la nao que en todo caso habia de entrar luego aunque se quedase en la misma barra, porque más queria perderse allí, donde la gente se salvase, que fuera de la barra (donde estaba) donde se ahogase toda y pereciese, afirmando que si luego no entraban dentro de la barra se habian de perder; y fuera así porque otra nao de aquel tamaño que no pudo entrar por entónces, cuando llegaron las diez del dia quince del dicho mes se habia ya perdido. Pues con esta determinacion entró en la nao el piloto de la barra y mandando levantar el ancla sobre que habia estado la nao

amarrada desde media noche, hallaron que por milagro habia estado todo aquel tiempo, porque el ancla no habia asido en la tierra sino quedándose en vago, y así cuando subida arriba vió esto el señor de la nao, dió gracias á Dios, y conoció, y lo dijo á todos, que milagrosamente habian estado en aquel puesto, y cuando fuera lo que él y todos tenian entendido, que estaban amarrados á la tierra, no era menor el milagro, pues en cuatro horas de la tarde, con ménos tormenta que la que tuvieron en estas seis despues de media noche, les rompió la tormenta cuatro amarras nuevas y gruesas, y agora estuvieron mas tiempo y con mayor tormenta sobre una harto pequeña. No menor fué otro que luego sucedió y fué que en levantándose de aquel lugar dieron las velas y caminaron derechos al puerto en el cual entraron sin lesion ni daño ninguno, aunque la nao tocó tres veces en el bajo de la barra, pasando raspando por las peñas; lo cual se atribuyó á merced soberana que Dios les hizo para darnos á entender que la diligencia humana no es bastante cuando su ayuda nos falta, y que cuando Su Magestad quiere, la mar, y vientos y tormenta no bastan á vencernos aunque nos hagan guerra. Pues desta manera entró la nao en el puerto y la dieron fondo, donde quedó con toda seguridad. El padre Comisario saltó en tierra con sus compañeros y dieron gracias á Dios por las misericordias que les habia hecho. De las otras naos de la flota, las que pudieron se fueron á Cádiz, otras que eran pequeñas y demandaban poca agua, se habian entrado en el puerto de San Lúcar la tarde ántes cuando comenzó la tormenta, y otras entraron con la nao *Santa Catalina*; solas dos, que por ser grandes no pudieron entrar con ellas ni ir á Cádiz, se perdieron allí jun-

to á tierra, aunque se salvó la gente y parte de la mercadería; donde se puede colegir haber sido particular merced de Nuestro Señor haber escapado la nao en que iba el padre Comisario, libre y sin perderse.

Desde este día, que fueron quince de Junio, hasta los veinte y tres que volvieron las naos á salir fuera de la barra, se ocuparon los señores de la Contratacion en aviar de nuevo otra capitana con toda la brevedad posible, porque estaban ciertos, por larga esperiencia, que miéntras mas tarde saliese la flota de España, mas cierto tendria el peligro en la costa de las Indias, y para que con toda brevedad se hiciese á la vela arbolaron la bandera de la capitana en la nao que iba por el almiranta, y la bandera de la almiranta arboláronla en un galeon del marqués de Santa Cruz que venia de merchantería. Con este acuerdo y órden se mandó pregonar á los veintidos del dicho, que toda la gente se embarcase porque otro día habia de salir la flota fuera de la barra. El padre Comisario no se embarcó aquel día sino el siguiente, porque no se halló barco en que ir á la nao, y el hallar la chalupa de ella á este tiempo, fué misericordia de Dios; en esta se metió con sus compañeros y mozos y el piloto de la misma nao á las dos de la tarde, vispera de San Juan, y fué en seguimiento de la nao que iba ya á la vela. No la pudieron alcanzar hasta que mas de dos leguas de la barra tomó las velas y dió fondo; allí la alcanzaron, no con poco trabajo ni pequeño peligro, porque con el mucho viento y olas grandes que habia, y por ir metida debajo del agua cuasi toda la chalupilla, que era pequeña, estuvieron á pique de perderse, pero el Señor los libró y ellos se metieron dentro de la nao.

A veintitres de Junio volvieron á salir del puerto de

San Lúcar las naos de la flota y con viento brisa llegaron á ponerse en fondo de treinta brazas, para esperar en aquel puesto á la capitana y almiranta y las demás que estaban en Cádiz, pero venida la noche, fué tanta la fuerza del viento de la mar, que fué forzoso levarse de aquel lugar y andarse barloventeando y dando vueltas por toda aquella noche. El día siguiente, que fué día de San Juan, estuvo la flota, que habia salido de San Lúcar, de mar en través sobre Cádiz hasta el día siguiente veinticinco del mismo, que entónces saliendo de la bahía de Cádiz las naos que dentro estaban y juntándose con las otras de San Lúcar, se hicieron todas á la vela con buen tiempo; pero no durando este mas de un día, quedaron en calma, la cual duró hasta el día de San Pedro y San Pablo, veintinueve del dicho que ese día vino viento brisa con tanta fuerza y tan buenas señales, que toda la flota alegró. Antes de salir de los cabos se descubrieron navios que de léjos parecian de moros, los cuales pusieron la flota en cuidado y hicieron que se parase. La nao en que iba el padre Comisario se puso á punto de guerra, que fué placer verlo, pero conocido despues no ser naos de enemigos, se quietó todo. Tambien atemorizó mucho á los de la nao *Santa Catalina* una landre que pareció tener un marinero, el cual, con frenesí, despues de ser sacado de la nao y puesto en la chalupa con hombres que de él curasen, se echó una noche en la mar y se ahogó sin poderlo remediar. El día siguiente, último de Junio á las tres de la tarde, se volvió el viento brisa en un vendabal ó viento de la mar que á toda la flota puso en gran tribulacion; amainó la capitana todas las velas y dejóse estar de mar en través, á la cual siguieron todas las demás naos, y de esta suerte estuvieron hasta otro día primero

de Julio que calmó aquel viento y volvió brisa, la cual no faltó hasta llegar á la Gran Canaria, que fué á los siete del mismo mes de Julio, en que tomó el puerto la flota á las doce del mediodia: fuéle muy bien al padre Comisario general en aquella ciudad, por que el guardian y religiosos de nuestro convento de San Francisco le hicieron mucho regalo y caridad.

Lunes siguiente nueve de Julio se hizo toda la flota á la vela con tanto viento que, aunque era favorable, se tuvo por no pequeña tormenta por ser recia su furia; perdiéronse con este viento cuatro bateles de la flota y en uno de ellos cuatro hombres. Pero miéntras mas iban las naos alejando del puerto, más iba abonanzando la mar y sosegándose las olas y asegurándose el buen viento que habian sacado; con el cual navegó la flota desde el dicho dia nueve de Julio hasta los cuatro de Agosto que descubrió la Deseada, que es la primera de las islas de las Indias, y llámase así por ser tan deseada de los que vienen en demanda de ella. Fué tan buena esta navegacion que hasta allí trujo la flota, que los antiguos y cursados en aquella carrera decian no haber visto tan buen viage despues que andaban en la mar. Siguiendo la flota su derrota cuasi cada dia á vista de tierra, fué en demanda del puerto de Ocoa, que es en la isla Española ó de Santo Domingo, en el cual es costumbre y aun hay cuasi siempre necesidad de parar á tomar refresco y aparejar las naos. Entró la flota en aquel puerto á los catorce dias del dicho mes y detúvose en él hasta los diez y ocho: en este tiempo se aprestó y tomó refresco de agua, carnes, fruta y conservas, que de todo esto abunda mucho aquella tierra.

A los diez y ocho de Agosto salió la flota del puerto

de Ocoa con muy buen viento, aunque tan recio que puso algun temor de tormenta á los pilotos, pero Nuestro Señor los aseguró del peligro que se temia, abonanzando la mar y el viento y dejando solo lo que era menester para que fuese próspera la navegacion, siendo más ordinario desde allí hasta la Nueva España haber ruines vientos y huracanes que viento próspero y favorable; pero Dios que no está obligado á los vientos ni á los tiempos hizo á aquella flota tan señalada merced, que pasó por todo sin peligro ninguno hasta ver la tierra de la Nueva España, la cual se descubrió á nueve de Setiembre, domingo al amanecer. Toda la flota se alegró y regocijó con su vista, pero por ser y estar esta tierra que se descubrió, que se llama las Sierras de San Martin, treinta leguas del puerto de San Juan de Ulua, donde habian de surgir y desembarcar, no le pudieron tomar aquel dia, y así gastaron lo restante del hasta la noche en irse acercando al puerto. Cuando anoheció se halló la flota sobre el rio de Alvarado, catorce leguas antes de dicho puerto, y prosiguió su viage caminando con poca vela, para que cuando amaneciese estuviese sobre el puerto y entrase luego á dar fondo: pero no quiso Nuestro Señor que fuese así, porque para este lugar estaba guardado un tan gran peligro que munchas naos estuvieron á punto de perderse, como se perdió una muy buena, y fuera de esta la que más á peligro estuvo fué la nao en que iba el padre Comisario, lo cual pasó desta manera.

Yendo como dicho es toda la flota navegando acercándose al puerto, aquella noche en la nao *Santa Catalina* hubo y habia todo cuidado y diligencia posible, mirando si parecia algun bajo ó arrecife de los munchos que hay en aquella costa donde se pudiese perder; y no